

Madrinazgo, Modelos Contextuales y la Forja del Orden Nacional católico en la Retaguardia Franquista (1936-1939)

Pedro Adolfo Morales Vera¹

u3239@usal.es

ORCID: 0009-0009-8129-6512

Universidad de Salamanca, Salamanca, España

Resumen

Durante la Guerra Civil Española (1936-1939), las madrinazgos de guerra fueron institucionalizadas por el bando nacional como un elemento clave de movilización afectiva. Lejos de ser una práctica meramente asistencial o sentimental, operó como el núcleo de una sofisticada economía emocional destinada a construir, reforzar y naturalizar el orden nacional católico. A partir del análisis de un corpus inédito de correspondencia conservado en Salamanca, este artículo analiza el rol simbólico, político y emocional de estas mujeres. Integrando fuentes primarias (cartas, documentos censurados, objetos devocionales) y un marco teórico interdisciplinario que combina la historia de las emociones, los estudios de género y el análisis del discurso socio cognitivo, se concluye que las madrinazgos no fueron solo figuras de apoyo, sino agentes ideológicos integrados en el aparato del Estado franquista. Su correspondencia, regimentada por la censura y una gramática emocional específica, fue fundamental en la creación de consenso y la forja de una subjetividad femenina al servicio del régimen. Concluimos que el análisis del madrinazgo, a través de este marco socio cognitivo, trasciende el caso español para ofrecer una herramienta metodológica fructífera en el estudio de los regímenes autoritarios, iluminando cómo la ingeniería social opera a través de la colonización de la intimidad y la regimentación de las emociones.

Palabras clave: Madrinazgos de guerra; Guerra Civil Española; Franquismo; nacionalcatolicismo; historia de las emociones; estudios de género; censura postal; propaganda.

¹ Pedro Adolfo Morales Vera es abogado con formación superior en Ciencias Empresariales, Administración y Dirección de Empresas, Criminología, Ciencia Política y Administración Pública, Historia del Arte e Información y Documentación. Posee másteres en Acceso a la Abogacía y Antropología de Iberoamérica. Doctorando en Historia en la Universidad de Salamanca. Investigador y autor de trabajos académicos y de opinión

War Godmothering, Contextual Models, and the Forging of the National-Catholic Order in the Francoist Rearguard (1936-1939)

Abstract

During the Spanish Civil War (1936-1939), the Nationalist side as a key device for affective mobilization institutionalized the phenomenon of war godmothers. Far from being a merely welfare-oriented or sentimental practice, it operated as the core of a sophisticated emotional economy designed to build, reinforce, and naturalize the National-Catholic order. Based on the analysis of an unpublished corpus of correspondence preserved in Salamanca, this article examines the symbolic, political, and emotional role of these women. By integrating primary sources (letters, censored documents, devotional objects) and an interdisciplinary theoretical framework combining the history of emotions (Reddy, Illouz), gender studies (Butler, Scott), and sociocognitive discourse analysis (van Dijk), it concludes that war godmothers were not merely supportive figures but ideological agents integrated into the Francoist state apparatus. Their correspondence, regimented by censorship and a specific emotional grammar, was crucial in creating consensus and forging a female subjectivity at the service of the regime. We conclude that the analysis of war godmothering, through this sociocognitive framework, transcends the Spanish case to offer a fruitful methodological tool for the study of authoritarian regimes, illuminating how social engineering operates through the colonization of intimacy and the regimentation of emotions..

Keywords: War godmothers; Spanish Civil War; Francoism; National-Catholicism; emotional history; gender studies; postal censorship; propaganda.

Índice

Introducción. Hacia una microhistoria de la movilización afectiva.....	62
1. Estado de la cuestión, objetivos y metodología.....	64
2. La institucionalización del madrinazgo: de la solidaridad civil a la ingeniería estatal	68
4. La arquitectura del silencio. Censura postal y producción de la verdad	73
5. Más allá del victimismo. Agencia, negociación y resistencia sutil.....	75
6. Discusión. Hacia una economía emocional del franquismo.....	80
Conclusiones.....	84
Bibliografía.....	87

Introducción. Hacia una microhistoria de la movilización afectiva

La Guerra Civil Española (1936-1939) constituye un episodio decisivo no solo por su trauma, sino por su productividad como laboratorio de ingeniería social. Fue en este contexto donde el emergente Estado franquista desplegó tecnologías de poder orientadas a reconfigurar, más allá de las estructuras institucionales, la propia textura afectiva de la sociedad. Es en esta intersección entre lo político y lo íntimo donde el fenómeno de las madrinas de guerra emerge como un objeto de estudio privilegiado para analizar los mecanismos de construcción del consentimiento en la forja del orden nacionalcatólico.

Este sistema de acompañamiento epistolar, sin embargo, no fue una invención del franquismo. Como documenta Manuela Marín en su estudio sobre las mujeres en la Guerra del Rif, tras el desastre de Annual en 1921 surgió en España un amplio movimiento solidario en el que mujeres de diferentes estratos sociales asumieron el rol de "madrinas de guerra"². Inicialmente concebido para soldados sin vínculos familiares, el sistema se amplió pronto a quienes lo solicitaban mediante anuncios en la prensa. Esta práctica, basada en la "abnegación epistolar" y la moral patriótica, constituyó un canal simbólico pero esencial de consuelo emocional que conectaba el frente y la retaguardia. Marín subraya que esta actividad se desarrollaba en paralelo a otras formas de beneficencia femenina, desde las aristócratas que encabezaban suscripciones y donativos, hasta mujeres anónimas que ofrecían cuidados a distancia, lo que le confería un carácter transversal y, al mismo tiempo, disciplinador. El franquismo no inventó este mecanismo, sino que lo heredó y lo reformuló radicalmente: lo que en el Rif había sido una práctica civil y espontánea, se transformó en la Guerra Civil en una estrategia sistemática, institucionalizada y sacralizada para moldear la feminidad en clave nacionalcatólica y garantizar un control emocional más eficaz sobre combatientes y madrinas.

Este artículo se estructura a través de un diálogo con tres tradiciones historiográficas. Por un lado, se nutre de los estudios que, superando el paradigma puramente represivo, exploran los mecanismos de construcción del consentimiento y las formas de agencia

² Manuela Marín, *Mujeres en la Guerra del Rif. De Annual a la retirada de Xauen (1921-1926)* (Madrid: Ediciones Cátedra, 2024), 145-178.

femenina "dentro de la restricción". Por otro, se apropia del arsenal conceptual de la historia de las emociones para examinar la movilización y administración política de los afectos. Finalmente, incorpora el análisis del discurso de orientación sociocognitiva para comprender cómo las macroestructuras ideológicas se encarnan en prácticas microsociales a través de mecanismos lingüísticos y cognitivos.

La originalidad del enfoque reside en la aplicación de la teoría de los modelos contextuales de van Dijk al análisis histórico³. Este marco permite descifrar cómo madrinazgos y soldados internalizaron y reprodujeron los valores del régimen a través de sus prácticas epistolares. Estos modelos operaron como filtros cognitivos que determinaron no solo lo decible, sino también lo pensable y sentible, naturalizando la ideología en el nivel más íntimo de la experiencia. Desde esta perspectiva, sostenemos que el madrinazgo funcionó como el núcleo de una sofisticada economía emocional franquista, donde el afecto devino en moneda simbólica, el intercambio epistolar en mercado, y las instituciones del régimen en agentes reguladores de este flujo al servicio del proyecto nacionalcatólico.

La hipótesis central de este trabajo sostiene que la estabilización del dominio franquista requirió, además de la coerción, la creación de una economía emocional eficaz que colonizó los espacios íntimos de la vida social. El madrinazgo fue un dispositivo clave en este proceso, permitiendo movilizar afectos privados para fines políticos públicos, disciplinar subjetividades femeninas, crear circuitos de solidaridad emocional y naturalizar la ideología del régimen a través de su encarnación en prácticas cotidianas.

Para demostrar esta tesis, el artículo se orienta hacia la reconstrucción del proceso de institucionalización del madrinazgo, el análisis de la gramática emocional de la correspondencia, el examen del papel de la censura postal como tecnología productora de subjetividad, la exploración de las formas de agencia femenina desplegadas en los intersticios del dispositivo, y la comparación del caso español con otros regímenes fascistas.

³ Teun A. van Dijk, *Discourse and Context: A Sociocognitive Approach* (Cambridge: Cambridge University Press, 2008), 56-89.

1. Estado de la cuestión, objetivos y metodología

La historiografía sobre la Guerra Civil y el franquismo ha experimentado una notable evolución. Las investigaciones pioneras sobre mujeres, influenciadas por la historia social y el paradigma de la represión, tendieron a presentarlas en el bando nacional como víctimas pasivas de un patriarcado férreo. Esta perspectiva, aunque necesaria, resultaba insuficiente para captar la complejidad de las experiencias femeninas.

El trabajo de Ángela Cenarro sobre Auxilio Social marcó un punto de inflexión al demostrar cómo las mujeres de clase media y alta encontraron en las organizaciones falangistas un espacio limitado pero real de acción social⁴. Esta aproximación permitió superar el paradigma de la mera victimización y abrir el camino hacia el estudio de "agencias condicionadas". La obra de Aurora Morcillo representó otro avance significativo al aplicar las herramientas de la historia cultural y de género. Su concepto de "mujer verdadera católica" desveló cómo el régimen produjo activamente una subjetividad femenina específica a través de la educación, la prensa y organizaciones como la Sección Femenina⁵.

Sin embargo, el madrinazgo de guerra ha sido tratado de manera tangencial, a menudo reducido a una anécdota dentro de la labor asistencial de la Sección Femenina. Falta un estudio sistemático que lo analice como un dispositivo específico de movilización afectiva. Nuestra investigación busca llenar este vacío, partiendo de su claro precedente en la Guerra del Rif. Como analiza Marín, la práctica del madrinazgo en el conflicto de 1921-1922 tuvo un carácter transversal, involucrando a mujeres de distintos estratos sociales que encontraron en la escritura y el cuidado a distancia una vía de participación simbólica en la guerra⁶.

Ahora bien, esta "abnegación epistolar" planteaba una paradoja práctica en una España donde, según los censos de la época, cerca de la mitad de la población adulta era

⁴ Ángela Cenarro, *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra* (Barcelona: Crítica, 2006), 112-145.

⁵ Aurora G. Morcillo, *True Catholic Womanhood: Gender Ideology in Franco's Spain* (DeKalb: Northern Illinois University Press, 2000), 45-67.

⁶ Marín, *Mujeres en la Guerra del Rif*, 150-155.

analfabeta, un porcentaje que era aún mayor entre las mujeres y en las zonas rurales. La clave para descifrar esta aparente contradicción no reside en la existencia de "escribidoras oficiales"—una institución que no existía como tal—, sino en el funcionamiento de una red informal de alfabetización comunitaria. Mujeres que no sabían leer ni escribir podían participar en este ritual a través de un mecanismo profundamente arraigado en la vida social: dictaban sus cartas a una vecina letrada, a la maestra del pueblo, al boticario o al párroco. De este modo, el acto de escribir, aunque mediado, permitía una participación emocional auténtica. Al mismo tiempo, las mujeres de clases medias y urbanas, con mayor acceso a la educación, estaban sobrerrepresentadas en esta práctica y eran las más visibles en los anuncios de los periódicos que servían de plaza pública para estos vínculos.

Este sistema, en apariencia espontáneo y voluntario, se convirtió así en un poderoso canal de consuelo emocional y disciplina patriótica que el régimen franquista heredaría y perfeccionaría. Marín destaca que esta práctica se desarrollaba en el contexto de una amplia movilización femenina que incluía desde las señoras aristócratas que organizaban obras de beneficencia hasta las mujeres anónimas que participaban en suscripciones populares, tejiendo una red de solidaridad que, sin embargo, reproducía un ideal de feminidad abnegada y subordinada al proyecto nacional. El franquismo, con su maquinaria propagandística y su control social, tomó este modelo civil y relativamente plural surgido en las trincheras del Rif y lo sometió a un proceso de institucionalización mucho más intenso y doctrinario. Lo que en los años veinte había sido un movimiento de retaguardia con diversos matices, fue transformado en un engranaje de la Sección Femenina, controlado por la censura y cargado de significados políticos y religiosos orientados a sostener el Nuevo Estado.

El llamado "giro afectivo" en las humanidades proporciona un arsenal teórico fundamental para este análisis. William Reddy, con su concepto de "régimen emocional", ofrece una herramienta para analizar cómo las sociedades establecen normas sobre qué emociones pueden expresarse⁷. El franquismo, como demostraremos, constituyó un régimen emocional particularmente rígido. Eva Illouz, con su análisis del "capitalismo

⁷ William M. Reddy, *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions* (Cambridge: Cambridge University Press, 2001), 124-129.

emocional", ilumina cómo las emociones se convierten en recursos movilizables, un marco útil para entender cómo el franquismo instrumentalizó la emoción íntima para fines políticos⁸. En el contexto español, autores como Jo Labanyi han abogado por una historia que preste atención a las dimensiones afectivas de la experiencia histórica⁹.

La lingüística crítica y el Análisis del Discurso proporcionan el método para diseccionar el mecanismo discursivo. La teoría de los "modelos contextuales" de Teun A. van Dijk sostiene que toda producción y comprensión discursiva está gobernada por representaciones mentales subjetivas de la situación comunicativa¹⁰. Aplicado a nuestro corpus epistolar, este concepto nos permite entender las cartas como el producto de un contexto mental específico moldeado por la propaganda, la censura y las normas de género. Los soldados y las madrinas escribían dentro de un "modelo contextual" internalizado que definía la situación como un acto de servicio patriótico-religioso, regulando así tanto el contenido como la forma de su discurso. Este enfoque nos permite superar dicotomías entre estructura y agencia, mostrando cómo las macroestructuras ideológicas se encarnan en prácticas microsociales a través de mecanismos lingüísticos y cognitivos.

El análisis se sustenta en el examen de un corpus epistolar inédito, el archivo de las hermanas Vera de Salamanca, compuesto por más de ochenta documentos entre cartas, postales y telegramas recibidos entre 1937 y 1940, complementado con objetos devocionales y material fotográfico. Esta documentación personal se triangula de forma sistemática con fuentes institucionales, prensa de la época, circulares de la Sección Femenina, expedientes del Centro Documental de la Memoria Histórica y normativas de censura postal, lo que permite contrastar las prácticas íntimas con el discurso oficial del régimen.

⁸ Eva Illouz, *Cold Intimacies: The Making of Emotional Capitalism* (Cambridge: Polity Press, 2007), 88-92.

⁹ Jo Labanyi, "The Politics of Emotion in Postwar Spanish Culture", *Hispanic Research Journal* 11, n.º 1 (2010): 8-10.

¹⁰ Van Dijk, *Discourse and Context*, 64.

La perspectiva analítica integra tres dimensiones. Una primera, de carácter histórico-cultural, sitúa el fenómeno del madrinazgo en sus coordenadas políticas y sociales. Una segunda, basada en el análisis crítico del discurso, examina los repertorios lingüísticos y las estrategias narrativas que constituyen la gramática emocional del nacionalcatolicismo. La tercera dimensión, de orientación sociocognitiva, se centra en los modelos contextuales que regimentaban la comunicación. Este enfoque permite observar cómo se internalizaron las normas del régimen a través de huellas textuales como la autocensura, la adopción de consignas y la performatividad de roles de género, iluminando así el proceso de naturalización ideológica en el nivel más íntimo de la experiencia. Esta triangulación metodológica busca superar las dicotomías simplistas entre estructura y agencia, mostrando cómo el poder se ejerce a través de la regulación de los marcos mismos de lo pensable y lo decible.

2. La institucionalización del madrinazgo: de la solidaridad civil a la ingeniería estatal

La creación de la red de madrinas de guerra fue un proceso cuidadosamente orquestado por el emergente Estado franquista. La Sección Femenina de Falange, bajo el liderazgo de Pilar Primo de Rivera, actuó como ingeniera social de este dispositivo, institucionalizando una práctica que podía tener orígenes espontáneos para convertirla en un pilar de la movilización afectiva nacionalcatólica. A través de delegadas provinciales y locales, y en coordinación con entidades parroquiales, se encargó de canalizar y regimentar estos intercambios epistolares.

El proceso de institucionalización respondía a una lógica de "poder pastoral", que se ejercía mediante el cuidado individualizado y la guía espiritual. La prensa jugó un papel crucial en esta campaña. Como señala Gajate Bajo, «el cometido de la prensa, y de los *mass media* por extensión, va mucho más allá de ser una elemental suministradora de información sobre la actualidad: es una de las responsables del proceso de construcción de nuestras imágenes y representaciones sociales¹¹». Anuncios como el publicado en ABC en agosto de 1938 ("Solicitan madrina de guerra") funcionaban como actos de habla performativos que interpelaban a las mujeres y las constituían como sujetos de una obligación patriótica y moral. La retórica fusionaba el servicio a la patria con la caridad cristiana, presentando el madrinazgo como "un deber tan gratificante como ineludible para toda mujer de bien". Este mecanismo se inscribía en una relación más amplia entre opinión publicada y opinión pública, donde, como apunta la misma autora, «la opinión publicada puede moldear o configurar la opinión pública», pero también existe una retroalimentación, pues «en otras ocasiones, a la inversa, parece ser la opinión pública la que encauza a la opinión publicada; es la primera la que demanda informaciones concretas».

El análisis del archivo Vera proporciona una visión tangible de la economía material que sustentaba el intercambio afectivo. Los soldados, además de cartas, enviaban a sus madrinas objetos devocionales como detentes, medallas y escapularios, mencionados en

¹¹ María Gajate Bajo, "Prensa y opinión pública. Un reto para el investigador", en *No es país para jóvenes*, ed. Celso Almuiña y Eduardo Sotillos (España Nuevo Milenio, 2012), 6.

el sesenta y ocho por ciento de las misivas. Estos obsequios operaban como tokens de gratitud y vehículos de propaganda, reforzando visualmente los lazos afectivos y la identidad nacionalcatólica. Las fotografías, como la del teniente Jiménez en Getafe o la de los exploradores regulares de Marruecos, servían para personalizar la relación, acortar la distancia emocional y conectar a la retaguardia con la realidad idealizada del frente. Esta economía del afecto, mediada por objetos, creaba un circuito de reciprocidad que fortalecía la cohesión del bando nacional y naturalizaba la ideología del régimen en el espacio doméstico. Este proceso no era ajeno a la dinámica de la propaganda, pues como advierte Gajate Bajo, «Propaganda hay en los diarios, en los himnos y banderas; propaganda son algunas obras arquitectónicas y festividades tradicionales; se escucha en los mítines y en las huelgas; la propaganda está presente en los rumores, los bulos, los chistes... lo invade todo». El meollo, continúa la autora, «no reside en si la información transmitida es verdadera o no, sino en convencer al receptor del mensaje para que piense lo que nosotros pretendemos que piense, para que haga lo que le sea dictado. Y además, que mantenga la ilusión de que toma sus decisiones en libertad¹²».

El madrinazgo se convertía así en una práctica pastoral laica, donde la madrina era una extensión del cura en el frente de batalla de las almas. Las instrucciones de la Sección Femenina, ampliamente difundidas a través de prensa, manuales y circulares, enfatizaban la necesidad de que la correspondencia actuara como un consuelo espiritual, una "oración" que evitara cualquier contenido que pudiera "turbar el ánimo" de los soldados y, en cambio, promoviera una "alegría serena" y la fe en la victoria. Esta sacralización del intercambio epistolar dotaba a la práctica de una trascendencia que iba más allá del mero acto de escribir una carta, explicando en parte la eficacia del dispositivo.

En definitiva, la prensa no solo informaba sobre el madrinazgo, sino que lo modelaba, interpretaba y, en última instancia, cooperaba en la construcción de esta realidad social afectiva. Comprender este proceso es fundamental para desentrañar los mecanismos a través de los cuales el régimen franquista formó y transformó la opinión pública y las subjetividades íntimas en las sociedades contemporáneas.

¹² Ibíd., 2.

3. Gramática emocional del nacionalcatolicismo. Un lenguaje regimentado

El análisis del corpus epistolar revela la existencia de lo que podríamos denominar una "gramática emocional" específicamente nacionalcatólica, un conjunto de reglas tácitas pero sumamente eficaces que regimentaban la expresión de las emociones en la correspondencia. Esta gramática se caracterizaba ante todo por una lexicalización que fundía inextricablemente lo sagrado y lo político. La lexicalización religioso-patriótica no era un adorno retórico, sino la huella lingüística de un modelo contextual internalizado que dictaba la fusión inextricable de lo sagrado y lo político como el único marco posible para interpretar la experiencia de la guerra.

Expresiones como "Cruzada", "martirio por España", "Reino de Cristo" o "providencia de Franco" aparecen con frecuencia abrumadora en las cartas, independientemente del nivel educativo o la extracción social de los escritores. Un soldado escribe en noviembre de 1938: "Rezo cada día al Sagrado Corazón por la victoria de nuestras armas y por el Caudillo, seguros de que Dios no abandonará a su España". La oración privada se convierte así en un acto político, y la política se sacraliza. Las fórmulas de sacrificio y abnegación evidencian la operatividad de este modelo contextual, que filtraba la experiencia del dolor para resignificarla positivamente como un capital simbólico dentro de la economía emocional del régimen.

Este fenómeno de fusión lexical no era espontáneo; respondía a una cuidadosa ingeniería lingüística por parte del aparato propagandístico del régimen. Esta lexicalización particular facilitaba lo que van Dijk denomina "modelos contextuales" compartidos, marcos cognitivos que permitían a los actores interpretar su experiencia dentro de los límites ideológicos del régimen¹³. El sufrimiento y la privación eran reinterpretados a través de la gramática emocional nacionalcatólica. Los soldados no solo describían penalidades, sino que las enmarcaban en un relato de sacrificio redentor. Frases como "Mi dolor es semilla para la patria" o "Sufrir es redimirse" convertían una experiencia negativa en un capital simbólico dentro de la economía emocional del régimen.

¹³ Van Dijk, *Discourse and Context*, 71.

Como señala Reddy, los regímenes emocionales operan a través de "transacciones emocionales" que transforman emociones disruptivas en fuerzas cohesionadoras¹⁴. Un ejemplo elocuente de esta resignificación se encuentra en la demanda religiosa constante: "Ruegue a la Virgen por mí" o "Reza por mí al Corazón de Jesús", presente en casi la mitad de las cartas analizadas. La petición de consuelo espiritual transformaba la vulnerabilidad del soldado en un acto de fe colectiva, canalizando el miedo y la angustia hacia una narrativa de sacrificio por la salvación de España.

Esta sacralización del lenguaje y la experiencia contrasta con el carácter más secular y espontáneo de la correspondencia durante la Guerra del Rif. Como apunta Marín, si bien existía un fuerte componente patriótico y una retórica de la abnegación, el discurso en la guerra colonial no estaba tan sistemáticamente imbuido de la fusión teológico-política que caracterizaría al nacionalcatolicismo¹⁵. La gramática emocional del Rif era más simple, centrada en el consuelo, el ánimo y la moral patriótica, sin la densa capa de escatología política que recubriría el lenguaje durante la Cruzada.

El lenguaje performa¹⁶ activamente la feminidad nacionalcatólica en la correspondencia de las madrinas. Las cartas están plagadas de expresiones de modestia, subordinación y cuidado, como "mi humilde oración", "procuro consolar tu soledad" o "cumpló con mi deber de mujer española". El discurso no solo describe una identidad preexistente, sino que la construye en el mismo acto de escribir. Como argumenta Butler en su teoría de la performatividad de género, las identidades se constituyen a través de la repetición ritualizada de actos discursivos y corporales¹⁷. Las madrinas, al escribir dentro de las convenciones del madrinazgo, estaban realizando una versión específica de la feminidad que reforzaba los valores del régimen. Esta performance no era necesariamente

¹⁴ Reddy, *The Navigation of Feeling*, 105.

¹⁵ Marín, *Mujeres en la Guerra del Rif*, 160-165.

¹⁶ Un acto lingüístico performativo es, según el filósofo J.L. Austin, un enunciado que no se limita a describir una realidad, sino que realiza una acción en el mismo momento de ser pronunciado. Ejemplos clásicos son "Te bautizo" o "Declaro la sesión abierta", donde el decir es hacer. Austin, en su obra *Cómo hacer cosas con palabras* (1962), demostró que el lenguaje no solo informa, sino que también actúa sobre el mundo, creando realidades sociales, compromisos e identidades a través de su emisión en contextos convencionales adecuados. En este caso, las cartas de las madrinas no solo hablaban de abnegación, sino que la producían y reforzaban en cada acto de escritura.

¹⁷ Judith Butler, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity* (Nueva York: Routledge, 1990), 140-149.

cínica o calculada; para muchas mujeres, se convirtió en una forma natural de expresar su identidad.

Esta performatividad de la "mujer española" abnegada tiene un claro precedente en el ideal femenino movilizado durante el Rif. Marín describe cómo se exaltaba a la madre que entregaba sus hijos a la patria y a la enfermera como "ángel de caridad". Sin embargo, en el Rif este ideal coexistía con una realidad femenina más diversa y menos regimentada (cantineras, periodistas, mujeres que protestaban por los cautivos). El franquismo, en cambio, redujo y homogeneizó drásticamente ese espectro, canalizando toda participación femenina legítima a través del molde único de la madrina nacionalcatólica, depurada de cualquier atisbo de autonomía o cuestionamiento.

La performatividad de género en las cartas opera a través de varios mecanismos discernibles: el uso recurrente de diminutivos y fórmulas de modestia, el enfoque constante en el cuidado emocional del destinatario, la subordinación sistemática de la experiencia personal de la madrina, y el alineamiento retórico con figuras religiosas femeninas como la Virgen María. Esta gramática emocional no era natural ni espontánea; era el producto de una intensa disciplina discursiva impuesta tanto por la censura externa como por la internalización de las consignas del régimen. Los escritores operaban dentro de modelos contextuales que definían los límites de lo decible y, más importante aún, de lo pensable. El resultado era una notable homogeneidad discursiva que atravesaba diferentes estratos sociales y niveles educativos.

La construcción discursiva de la feminidad nacionalcatólica no operaba en un vacío, sino bajo la vigilancia constante de un aparato censor que moldeaba lo decible y lo indecible.

4. La arquitectura del silencio. Censura postal y producción de la verdad

La censura postal fue un pilar fundamental para garantizar la uniformidad de la gramática emocional. El corpus estudiado presenta huellas materiales explícitas de este control: sobres con marcas de censura militar, firmas de censores y lemas manuscritos como "¡Viva Franco!" o "¡Arriba España!" que estandarizaban el lenguaje nacionalcatólico. El aparato censor no solo suprimía información; disciplinaba el discurso y producía una "verdad" acorde al régimen. Esto generaba una autocensura anticipada visible en frases truncadas o en el uso de fórmulas genéricas que eludían detalles concretos. La reescritura forzada y la adopción de un tono impersonal son testimonio de cómo el control estatal moldeaba la expresión de la afectividad, transformando expresiones espontáneas de preocupación en fórmulas aceptables de resignación cristiana.

Este nivel de control censor institucionalizado marca una diferencia abismal con la Guerra del Rif. Marín muestra que, si bien existía censura militar y los corresponsales la sufrían, la correspondencia personal y las iniciativas de las madrinas en la época de Annual operaban en un espacio público y privado notablemente más libre¹⁸. Las mujeres podían organizarse para protestar por la liberación de los cautivos, y la prensa reflejaba un debate más abierto, incluso crítico con el gobierno y el ejército. La arquitectura del silencio franquista fue infinitamente más sofisticada y totalizadora, buscando no solo ocultar, sino producir una única realidad emocional y discursiva aceptable.

Más interesante que la censura explícita es el fenómeno de la autocensura, que revela hasta qué punto los modelos contextuales del régimen habían sido internalizados por los actores. El corpus estudiado muestra abundantes evidencias de este mecanismo a través de frases truncadas, cambios abruptos de tema y elipsis significativas. Resulta especialmente elocuente la frecuencia con la que los propios escritores explicitan el acto de silenciamiento, recurriendo a fórmulas genéricas de omisión que, por su recurrencia, delatan una internalización profunda de los límites de lo decible.

Esta autocensura trasciende el mero cálculo estratégico para evitar sanciones; es síntoma de la incorporación de las normas del régimen hasta convertirlas en un habitus,

¹⁸ Marín, *Mujeres en la Guerra del Rif*, 170-175.

es decir, en disposiciones duraderas que guiaban la acción sin necesidad de coerción explícita. El modelo contextual deviene en segunda naturaleza. Los soldados y madrinas no solo evitaban ciertos temas por miedo al censor, sino que habían interiorizado hasta tal punto sus parámetros que la autocensura operaba de forma casi automática, como un filtro mental previo a la escritura. Esta autorregulación íntima demuestra el éxito del régimen en colonizar no solo el discurso, sino la propia subjetividad y los marcos cognitivos de los individuos.

El famoso lema "¡Arriba España!" que cerraba muchas cartas no era una mera despedida; era una fórmula de adhesión, una contraseña que señalaba que el escritor estaba dentro del régimen emocional aceptable. Su repetición ritual performaba la lealtad y aseguraba que la carta superaría el filtro de la censura. Como señala Ortiz, estos eslóganes funcionaban como "fórmulas vacías" que podían llenarse con significados diversos pero que siempre reafirmaban la adhesión al régimen¹⁹. La repetición mecánica se convirtió en una práctica casi automática, una muestra de lo que van Dijk denomina "conocimiento social" compartido, saberes tácitos sobre cómo comportarse y expresarse dentro de un contexto dado²⁰. La repetición ritual de consignas y la autocensura generalizada podrían pintar un cuadro de una población completamente sometida y homogeneizada. Sin embargo, incluso dentro de esta arquitectura del silencio y la regimentación discursiva, es posible rastrear los matices de la agencia humana. Lejos de ser meros autómatas, madrinas y soldados desplegaron, en los intersticios del poder, estrategias de negociación, gestión e incluso micro-resistencias que complejizan nuestra comprensión del consentimiento en el primer franquismo.

¹⁹ Carmen Ortiz, *¿Y tú, qué harías por tu patria? Cultura y movilización en el primer franquismo* (Valencia: Universitat de València, 2006), 133.

²⁰ Van Dijk, *Discourse and Context*, 85.

5. Más allá del victimismo. Agencia, negociación y resistencia sutil

Aunque operaban dentro de un marco tremendamente restrictivo, sería un error ver a las madrinazas como meras autómatas o víctimas pasivas. Ejercían lo que hemos denominado una "agencia condicionada", una capacidad de acción dentro de las limitaciones del sistema. Los cuadernos de registro revelan una gestión activa de las relaciones: las madrinazas decidían a qué soldado escribir primero, a quién enviar un paquete extra, a quién dedicar más tiempo y atención. Esta gestión era un trabajo emocional intenso y no remunerado que requería habilidades de organización y empatía. Las madrinazas debían calibrar cuidadosamente el tono de sus cartas, dosificar las expresiones de afecto, gestionar las expectativas de los soldados. Este trabajo emocional era esencial para el funcionamiento de la economía emocional franquista, aunque rara vez era reconocido como tal.

Aunque operaban dentro de un marco tremendamente restrictivo, sería un error ver a las madrinazas como meras autómatas o víctimas pasivas. Ejercían lo que hemos denominado una "agencia condicionada", una capacidad de acción dentro de las limitaciones del sistema. Esta agencia se manifestaba, precisamente, en la gestión activa de las relaciones epistolares, un proceso que comenzaba con la decisión fundamental de a qué soldado escribir.

Contrariamente a lo que se podría suponer, no se trataba principalmente de escribir a familiares o conocidos, ni de recibir una lista de nombres asignados al azar. El mecanismo era más complejo y permitía un margen de elección. La Sección Femenina, como brazo femenino del régimen, actuaba como el gran operador central de este sistema. A través de sus delegaciones provinciales y locales, recopilaba las peticiones de los soldados—que ansiaban recibir noticias del "frente doméstico"—y, de forma más crucial, gestionaba el alta de las propias madrinazas. Las mujeres que deseaban participar se inscribían en la organización, un acto que en sí mismo ya las vinculaba a la estructura del Movimiento Nacional. Si bien no existen cifras consolidadas, la práctica fue masiva, involucrando a

cientos de miles de mujeres a lo largo de la posguerra y el franquismo, coordinadas por la estructura piramidal de la Sección Femenina.

Una vez inscritas, las madrinas podían acceder a listas de soldados—a menudo de unidades específicas o de su misma región—o responder a las peticiones que los propios militares publicaban en boletines castrenses o revistas controladas por el régimen. En este punto es donde ejercían su "agencia condicionada": decidían a qué soldado escribir primero, basándose quizás en su lugar de origen, su unidad, o la simpatía que les generara su breve descripción; decidían a quién enviar un paquete extra con tabaco, comida o ropa de abrigo, y a quién dedicar más tiempo y atención emocional en sus cartas.

Esta gestión era un trabajo emocional intenso y no remunerado que requería habilidades de organización y empatía. Las madrinas debían calibrar cuidadosamente el tono de sus cartas, dosificar las expresiones de afecto, y gestionar las expectativas, a veces muy demandantes, de los soldados. Este trabajo emocional, aunque invisible, era el lubricante esencial para el funcionamiento de la economía emocional franquista, un sistema que canalizaba los afectos privados hacia el sostenimiento del Estado, aunque rara vez era reconocido como tal. En los archivos se encuentran casos de madrinas que mantenían correspondencia simultánea con varios soldados, administrando su tiempo y recursos afectivos como una verdadera gestora de relaciones humanas, siempre dentro de los estrechos márgenes que permitía la moral nacionalcatólica.

Dentro del férreo marco del régimen emocional franquista, se atisban grietas y formas de negociación sutil. La evidencia más clara no está en las cartas enviadas, sino en los espacios privados no vigilados, como se deduce de anotaciones en cuadernos personales del archivo Vera: "Hoy escribí diez cartas. Ya no sé qué más decir". Este lamento íntimo revela la tensión entre la expectativa institucional de disponibilidad emocional infinita y la fatiga subjetiva de las madrinas. Otra forma de micro-resistencia se observa en la gestión de la carga emocional impuesta. Los soldados transferían su angustia con frases como "Sin sus palabras, no tengo fuerza para seguir", generando una demanda de

consuelo constante. Las madrinazgos desarrollaron estrategias de afrontamiento, como el uso de frases predefinidas y estandarizadas promovidas por la Sección Femenina, que funcionaban como un mecanismo de defensa para reducir el desgaste psicológico y cumplir con el deber epistolar sin implicarse emocionalmente en exceso, una estrategia que concuerda con el concepto de "armas de los débiles" de Scott²¹.

El concepto de agencia condicionada se manifiesta en la gestión activa de los recursos emocionales y materiales. Las madrinazgos del archivo Vera negociaban su rol dentro de los estrechos márgenes del sistema. Decidían el tiempo de las respuestas, la intensidad del consuelo ofrecido y la naturaleza de los envíos, priorizando por ejemplo el envío de objetos devocionales sobre otros regalos. Asimismo, las notas privadas y los borradores sugieren un desgaste emocional duradero, con expresiones de culpa y ansiedad por no poder cumplir con las expectativas de todos los soldados. Esta gestión de la propia salud mental ante la demanda emocional masiva constituye una forma de agencia íntima y de resistencia pasiva. Lejos de ser meras receptoras pasivas, las madrinazgos ejercían un delicado equilibrio entre el deber ideológico y la autopreservación, administrando el capital emocional del que eran depositarias.

Para comprender la especificidad del caso español, es esencial situarlo en un contexto comparado más amplio. El madrinazgo de guerra no fue una invención franquista; existió en otros conflictos y regímenes, pero con características distintas que destacan su singularidad. En la Primera Guerra Mundial, tanto en Francia como en Alemania, surgieron prácticas de madrinazgo, pero con un carácter predominantemente espontáneo, surgido de iniciativas civiles y menos sujeto a una instrumentalización estatal exhaustiva. El objetivo principal era, efectivamente, combatir la soledad del soldado y mantener la moral, pero no estaba intrínsecamente vinculado a un proyecto estatal de reeducación femenina y control social tan centralizado y doctrinario como el que implementaría el régimen franquista.

²¹ James C. Scott, *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance* (New Haven: Yale University Press, 1985), 29.

Esta diferencia se acentúa al compararlo con otros regímenes autoritarios contemporáneos. En la Italia fascista, el régimen de Mussolini promovió organizaciones femeninas y exaltó a la mujer como madre y guardiana del hogar. Sin embargo, el madrinazgo no alcanzó el grado de institucionalización sistemática ni la fusión teológico-política que caracterizó al caso español, donde la Sección Femenina fundió el dogma católico con el credo patriótico en cada carta. Por su parte, en la Alemania nazi, el Tercer Reich instrumentalizó las emociones de manera brutal y directa, pero a través de canales conceptualmente diferentes: el culto a la comunidad racial (Volksgemeinschaft), la exaltación biológica de la maternidad aria y el terror. No desarrolló un sistema de madrinazgo epistolar similar, lo que sugiere que la peculiar combinación española de confesionalidad católica, nacionalismo y un control social ejercido a través de la intimidad emocional constituyó un modelo distintivo.

Esta perspectiva comparada revela que el madrinazgo franquista no fue un mero reflejo de prácticas internacionales, sino una institución singular, perfeccionada para movilizar y regimentar el afecto femenino como un pilar del nuevo Estado.

La comparación más reveladora, sin embargo, es con su precedente inmediato: la Guerra del Rif. Como muestra Marín, el madrinazgo en el Rif era una práctica civil, promovida a través de anuncios en la prensa, con un componente de solidaridad transversal que involucraba a mujeres de todas las clases. No existía una institución como la Sección Femenina que lo controlara, ni una censura que homogeneizara el discurso, ni una sacralización tan extrema de la práctica. La especificidad española del modelo franquista reside, por tanto, en la tríada única formada por la alta institucionalización dirigida por la Sección Femenina, la fusión nacionalcatólica que dotaba de significado trascendente al sacrificio político, y la censura total que homogeneizó el discurso hasta crear una gramática emocional casi uniforme. El madrinazgo franquista fue, en comparación con su antecedente colonial y con otros modelos europeos, el sistema más regimentado, sacralizado y politizado. Fue la expresión concreta de un proyecto político

Pedro Adolfo Morales Vera

totalizador que buscó, con notable éxito, construir una hegemonía cultural desde la micropolítica de lo cotidiano.

6. Discusión. Hacia una economía emocional del franquismo

Los hallazgos del análisis permiten proponer el concepto de "economía emocional franquista" como una clave interpretativa esencial para entender la construcción y persistencia del régimen. En esta economía, el afecto se convirtió en un recurso que fue movilizado, administrado y redistribuido por el Estado para sus fines políticos. Las madrinazgos fueron las principales productoras de este recurso a través de su trabajo emocional no remunerado que generaba un capital de lealtad, moral y cohesión esencial para el esfuerzo bélico. En contraste con la correspondencia republicana²², caracterizada por una mayor espontaneidad y un control censor menos homogéneo, el intercambio franquista analizado muestra una regulación emocional más rígida, articulada mediante un discurso religioso y una supervisión sistemática que convertía la intimidad en un asunto de Estado.

Esta "economía emocional" puede contrastarse con el modelo de movilización afectiva durante el Rif. Según Marín, la solidaridad femenina en 1921-22, aunque extensa y diversa, funcionaba más como un mercado emocional con múltiples agentes (aristócratas, periodistas, mujeres anónimas) y cierta espontaneidad²³. El Estado intervenía, pero no dirigía ni regimentaba de manera tan exhaustiva. El franquismo, en cambio, estableció un monopolio estatal de la producción afectiva. Nacionalizó y clericalizó los canales de solidaridad, transformando un mercado emocional relativamente libre en una economía emocional planificada y centralizada, donde la Sección Femenina actuaba como ministerio de producción afectiva.

El Estado, a través de la Sección Femenina y la censura, actuaba como el regulador de esta economía. Establecía las reglas del juego, proporcionaba la infraestructura y sancionaba las transgresiones. Los soldados eran los consumidores principales de este

²² La correspondencia en el bando republicano durante la Guerra Civil, aunque también sujeta a censura, reflejaba una realidad social y política más diversa y fragmentada. Las cartas podían contener un lenguaje más secular, expresiones de ideología política (anarquista, socialista, comunista), críticas a la ineficacia del propio gobierno, y muestras de afecto menos formalistas. Esta heterogeneidad es un reflejo de la naturaleza plural, y a veces fracturada, de la coalición republicana, carente de un aparato de propaganda y control social tan monolítico y centralizado como el que construyó el bando sublevado desde el inicio.

²³ Marín, *Mujeres en la Guerra del Rif*, 145-150.

recurso afectivo, pero también proveedores de un producto crucial: la gratitud y la confirmación de que el sacrificio merecía la pena. Su devolución emocional reforzaba el papel de las madrinas y cerraba el circuito de la economía emocional. Esta economía no era capitalista en el sentido de Illouz, sino nacionalcatólica. La "ganancia" no era monetaria, sino ideológica y pastoral: la salvación de España, la derrota del ateísmo marxista, la creación de un hombre y una mujer nuevos. El éxito de esta economía emocional explica, en parte, la profunda hegemonía cultural que el franquismo logró implantar, colonizando la esfera íntima y convirtiendo la lealtad en un sentimiento naturalizado.

La internalización de estos modelos contextuales, que naturalizaban la ideología del régimen al transformar sus preceptos en sentido común, era la piedra angular de la producción del consentimiento. Este proceso de asimilación cognitiva no ocurría en el vacío, sino que era alimentado y moldeado constantemente por un ecosistema mediático específico. En este punto, la función de la prensa resultaba fundamental, ya que, como señala Gajate Bajo, «el cometido de la prensa, y de los mass media por extensión, va mucho más allá de ser una elemental suministradora de información sobre la actualidad: es una de las responsables del proceso de construcción de nuestras imágenes y representaciones sociales». La prensa del Movimiento, por tanto, no se limitaba a informar sobre el deber patriótico del madrinazgo, sino que construía activamente el marco interpretativo—el modelo contextual—a través del cual las mujeres debían entender, experimentar y llevar a cabo esta práctica. Reportajes, cartas modelo y artículos de opinión definían continuamente los límites de lo decible y lo pensable, configurando una realidad social donde el servicio emocional al soldado se vivía como una vocación natural y un imperativo nacional.

La relación entre la opinión publicada en dicha prensa y la opinión pública que se iba conformando en la retaguardia era, como postula Gajate Bajo, de «estrechísima conexión», pero no mecánica. Si bien «la opinión publicada puede moldear o configurar la opinión pública», en el caso del madrinazgo también observamos el fenómeno inverso que la misma autora describe: hubo ocasiones en que «parece ser la opinión pública la que encauza a la opinión publicada; es la primera la que demanda informaciones

concretas²⁴». La prensa franquista supo canalizar y, a la vez, orientar una demanda social de conexión emocional con el frente, institucionalizándola y dotándola de un sentido político y religioso unívoco. Este proceso de retroalimentación encuentra su explicación en lo que Gajate Bajo sintetiza citando a otros autores: «El proceso dinámico de formación de la opinión pública puede ser descrito como una serie de momentos interdependientes, de flujo y reflujo y complementarios entre sí²⁵». El madrinazgo fue uno de esos momentos de interdependencia, donde la necesidad afectiva de la retaguardia y el frente encontró en la prensa un cauce, pero también un director de orquesta.

Nuestro estudio tiene implicaciones significativas para la historiografía del franquismo. Sugiere que el éxito del régimen en estabilizar su dominio no puede explicarse únicamente por la coerción física, sino que requirió la creación de mecanismos sofisticados de gestión emocional. Muestra que la participación femenina en el bando nacional fue más compleja de lo que sugieren los modelos binarios de víctima/verdugo, revelando formas de agencia condicionada que merecen atención historiográfica. Finalmente, nuestro enfoque en la dimensión afectiva del poder contribuye a una comprensión más matizada de cómo se construye y mantiene el consentimiento en regímenes autoritarios.

En definitiva, este estudio propone un cambio de perspectiva en la historiografía: entender el franquismo no solo como una maquinaria de represión, sino también, y de manera fundamental, como un régimen de producción afectiva. La estabilidad del Nuevo Estado se cimentó en su capacidad para engranar la coerción con el consentimiento, y este último fue elaborado meticulosamente en los talleres íntimos de la vida cotidiana, donde las mujeres, a través de prácticas aparentemente apolíticas como el madrinazgo, se convirtieron en arquitectas no reconocidas de la hegemonía cultural nacionalcatólica. Al iluminar esta economía emocional, trascendemos la dicotomía entre violencia y consenso para revelar el complejo entramado donde ambos se funden, ofreciendo una lente más

²⁴ Ibid., 2.

²⁵ Ibid., 18.

Pedro Adolfo Morales Vera

nítida para analizar no solo el pasado franquista, sino los mecanismos sutiles de legitimación de los autoritarismos del presente.

Conclusiones

Este estudio ha trascendido la mera descripción histórica para develar el mecanismo íntimo a través del cual el primer franquismo no solo ganó una guerra, sino que inició la construcción de una hegemonía cultural duradera. Lejos de ser una anécdota sentimental, el dispositivo del madrinazgo de guerra se erige como un laboratorio excepcional para observar la ingeniería social de un régimen autoritario, donde la conquista de los corazones precedió y consolidó la dominación política. Hemos demostrado que la correspondencia entre madrinas y soldados fue el sustrato donde se injertó, de manera quirúrgica, el proyecto nacionalcatólico, transformando emociones privadas en argamasa del Nuevo Estado.

La investigación confirma que el régimen no creó *ex nihilo* este mecanismo, sino que ejecutó una operación de secuestro y transformación de una práctica preexistente. Como magistralmente documenta Manuela Marín para la Guerra del Rif, la movilización afectiva femenina tras el desastre de Anual fue un fenómeno orgánico, plural y civil²⁶. Aquella "abnegación epistolar" y aquellas redes de beneficencia articulaban patriotismo y compasión en un ecosistema público relativamente abierto, donde las mujeres, desde aristócratas hasta cantineras, podían ejercer una agencia visible, reclamar indemnizaciones o criticar la gestión de la guerra. El franquismo, con la precisión de un cirujano ideológico, extirpó de este precedente todo vestigio de espontaneidad y pluralismo. Lo que en el Rif fue un mercado emocional con múltiples productoras y consumidores, se reconvirtió en una economía emocional planificada, un monopolio estatal del afecto dirigido por la Sección Femenina y regulado por la censura. Esta transición de lo civil a lo estatal, de lo plural a lo uniforme, es quizá la metáfora más elocuente del propio tránsito de la Restauración al Nuevo Estado.

La aplicación del marco sociocognitivo de van Dijk ha permitido diseccionar el proceso con una precisión inédita. No bastaba con controlar lo que se decía; el régimen aspiraba a gobernar lo pensable y lo sentible. Los modelos contextuales internalizados por madrinas y soldados actuaron como implantes cognitivos que filtraban la realidad a

²⁶ Marín, *Mujeres en la Guerra del Rif*, 145-178.

través del prisma de la Cruzada. La "gramática emocional nacionalcatólica" no fue un simple adoctrinamiento, sino la creación de un nuevo sentido común, un horizonte lingüístico donde conceptos como "martirio", "Cruzada" o "Providencia" se naturalizaron hasta devenir la única forma legítima de experimentar y narrar la guerra. El soldado que escribía "Rezo al Sagrado Corazón por el Caudillo" no repetía una consigna vacía; performaba una identidad y una lealtad que sentía como propias. La madrina que firmaba "cumpló con mi deber de mujer española" no se limitaba a consolar; estaba construyendo activamente, letra a letra, el arquetipo de la feminidad subordinada que el régimen necesitaba.

Esta arquitectura de la intimidad no habría sido posible sin la censura postal como tecnología productora de subjetividad. Más allá de tachar palabras, el aparato censor fabricó una "verdad" emocional. Las huellas en el corpus, frases truncadas, elipsis significativas, la repetición ritual de "¡Arriba España!", son la cicatriz textual de este proceso. Demuestran que el poder franquista no solo prohibió, sino que produjo una forma específica de sentir: una resignación cristiana y una alegría serena que eran los únicos afectos permitidos en el espacio epistolar. La autocensura anticipada es la prueba más elocuente del éxito de este proyecto, cuando el ciudadano se convierte en su propio vigilante, la dominación se ha completado.

Sin embargo, este estudio ha evitado caer en un determinismo que reduzca a las mujeres a meras víctimas o cómplices. Por el contrario, hemos iluminado las complejas formas de "agencia condicionada" que las madrinazas desplegaron en los intersticios del poder. La gestión activa de sus cartas, la dosificación del consuelo, el desgaste emocional anotado en privado y el uso estratégico de fórmulas predefinidas para protegerse psicológicamente, revelan una negociación constante. Eran arquitectas no reconocidas de la hegemonía, sí, pero también administradoras de su propio capital emocional en una economía que las explotaba. Esta mirada matizada supera los binomios simplistas (víctima/verdugo) y nos obliga a comprender el consentimiento no como una adhesión plena, sino como un proceso activo, fatigoso y lleno de claroscuros.

La comparación transnacional y diacrónica sella la especificidad del caso español. Frente a la relativa espontaneidad de las madrinazgos de la Primera Guerra Mundial o los modelos de movilización femenina en la Italia fascista y la Alemania nazi, el dispositivo franquista resulta único en su tríada distintiva: la institucionalización total a cargo de la Sección Femenina, la fusión teológico-política que sacralizaba lo político y politizaba lo sagrado, y la censura total que homogeneizó el discurso hasta lo íntimo. Esta "excepcionalidad española" no es un mito, sino el resultado de una contrarrevolución que, para ser efectiva, necesitó colonizar la subjetividad hasta sus últimos rincones.

En última instancia, esta investigación propone un cambio de paradigma en la comprensión del franquismo. La estabilidad del régimen no puede explicarse solo por la pirámide de represión o la propaganda masiva. Fue la micropolítica de lo cotidiano, la economía emocional que convirtió el afecto en un recurso administrado por el Estado, la que cimentó un consentimiento profundo y duradero. Las trincheras del frente se ganaron con balas; las trincheras del alma, con cartas.

Bibliografía

Austin, John L. 1982. *Cómo hacer cosas con palabras: Palabras y acciones*. Traducido por Genaro R. Carrió y Eduardo A. Rabossi. Barcelona: Paidós.

Butler, Judith. *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity*. Nueva York: Routledge, 1990.

Cenarro, Ángela. *La sonrisa de Falange. Auxilio Social en la guerra civil y en la posguerra*. Barcelona: Crítica, 2006.

Gajate Bajo, María. "Prensa y opinión pública. Un reto para el investigador". En *No es país para jóvenes*, editado por Celso Almuiña y Eduardo Sotillos, 1-20. España Nuevo Milenio, 2012.

Illouz, Eva. *Cold Intimacies: The Making of Emotional Capitalism*. Cambridge: Polity Press, 2007.

Labanyi, Jo. "The Politics of Emotion in Postwar Spanish Culture". *Hispanic Research Journal* 11, n.º 1 (2010): 7-16.

Marín, Manuela. *Mujeres en la Guerra del Rif. De Annual a la retirada de Xauen (1921-1926)*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2024.

Morcillo, Aurora G. *True Catholic Womanhood: Gender Ideology in Franco's Spain*. DeKalb: Northern Illinois University Press, 2000.

Ortiz, Carmen. *¿Y tú, qué harías por tu patria? Cultura y movilización en el primer franquismo*. Valencia: Universitat de València, 2006.

Reddy, William M. *The Navigation of Feeling: A Framework for the History of Emotions*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

Pedro Adolfo Morales Vera

Scott, James C. *Weapons of the Weak: Everyday Forms of Peasant Resistance*. New Haven: Yale University Press, 1985.

Van Dijk, Teun A. *Discourse and Context: A Sociocognitive Approach*. Cambridge: Cambridge University Press, 2008.